

¿DÓNDE TOCAN LOS MÚSICOS?

Antonio Luque

AUTORES/AUTHORS:

Antonio Luque, Sr. Chinarro

ADSCRIPCIÓN PROFESIONAL/PROFESSIONAL AFFILIATION:

Músico y escritor

Musician and writer

TÍTULO/TITLE:

¿Dónde tocan los músicos?

Where do musicians play?

CORREO-E/E-MAIL:

antoluque@gmail.com

RESUMEN/ABSTRACT:

Desde su perspectiva de músico, el autor presenta una crítica y personal reflexión sobre el mundo de los conciertos y la música en vivo, pasando por temas como su financiación, gestión o infraestructura.

From his perspective as a musician, the author presents a critical and personal reflection on the world of concerts and live music, to issues like funding, management or infrastructure.

PALABRAS CLAVE/KEYWORDS:

Música, concierto, teatro, festival

Music, concert, theater, festival

¿Dónde tocan los músicos? En España hay que preguntarse primero por el dónde. Es un país de albañiles, constructores, políticos, comisionistas y, ya para la inauguración correspondiente, un país de camareros. En Málaga están locos por construir un nuevo auditorio cerca de uno que rehabilitaron hace poco y que hoy es hogar de desahuciados. Y basta mirar una guía de actividades culturales de la capital de la Costa del Sol para comprobar que volverán Maná, Antonio Orozco, Pitbull y otros de ese pelaje, que normalmente necesitan estadios de fútbol, presentándose en ellos como sucedáneos del deporte rey. Con sol, fútbol y solares para encargar obras faraónicas ¿quién necesita músicos? Los operarios pronto acarrearán las piedras como los desgraciados esclavos que, con tanto dolor, levantaron las pirámides a mayor gloria de sus gobernantes; tengo la sensación de que ningún picapedrero volverá a ganar más de dos mil euros al mes levantando tapias. Ni camareros ni albañiles están dispuestos a que un individuo, rasgando las cuerdas de una guitarra y cantando letras un poco elaboradas a un micrófono, se gane la vida sin un callo en la mano, de manera que, con los esclavos, regresarán, regresan, los bufones y los mecenazgos: sobrevivirán los que, como los cantaores flamencos de antaño, sepan acercarse al señorito adecuado o a la viuda que supo rentabilizar el amor bien entendido, con la realeza. Ya, ya: están el *crowdfunding* y esas monsergas de internet, esa manera de cambiarle el collar al mismo perro ¿o nadie se acuerda de quiénes se quedaron a un precio irrisorio con Telefónica, esa empresa que pagaron con sus impuestos todos los contribuyentes de este país? Entre la puerta de la iglesia (donde algunos se verán obligados a tocar villancicos con mensajes satánicos del revés) y el estadio de fútbol –o de baloncesto de nueva construcción, como el Madrid Arena, levantado a marchas forzadas para las inminentes olimpiadas de Madrid– lleno de adolescentes intoxicados que idolatran a nuevos chamanes de pacotilla y sus hipnóticos mensajes repetitivos, enajenando su tiempo para la rebeldía, ioh, divino tesoro!, con esas drogas baratas con que los químicos aficionados tratan por otro lado de desmontar el tinglado farmacéutico y ciscarse en los muertos del copago que vendrá con las enfermedades (puesto que el de las construcciones de tipo Escher sólo lo desmontarán los bombardeos a los que finalmente habrá que apuntarse)..., entre la mendicidad y el éxito fugaz, digo –se me va–, hay una amplia gama de grises, por eso pregunto: ¿dónde tocan los músicos?

Tras los años de vacas gordas (me gusta esta expresión: huele tan mal como me apeataba a mí aquella opulencia que tenía más de obesidad que de saludable), no hay pueblucho en España que no tenga un teatro en el que las butacas del patio ya se apolillan: deberían dejar a los sin techo pasar en ellos las noches al menos, que el Eduardo Ocón de Málaga apenas está cubierto por un flanco, y de metacrilato además. Y si en su confortable interior se les proyectase alguna película X tendrían lo mejor de internet y una representación del amor que en su fracaso personal, sin duda, se les niega de todas, todas.

¿Por qué no hay conciertos en esos teatros? ¿Con qué voluntarioso delegado de cultura hay que hablar? Pagados con el dinero de todos, se usan en el mejor de los casos por las agrupaciones musicales del pueblo, y con motivo de alguna fiesta tradicional o, peor aún en oca-

siones, de nuevo cuño, para mayor lucimiento del ideólogo de turno. Si una banda cualquiera, de cualquier estilo musical, pretende trabajar más de un día al año y aprovechar esa extensa red –tan extensa como hoy inexistente– de teatros municipales ya puede armarse de paciencia: lo que los políticos querían hacer con el teatro ya lo habían hecho cuando cortaron la cinta con la bandera.

¿Es para drogarse o no? Una cerveza, al menos.

Me dan ganas de irme a la discoteca, a mis años.

Sí, las agrupaciones musicales –en adelante «los conjuntos», más acorde con estos tiempos de posguerra (¿serán de preguerra, pues la guerra aún no ha sido, o es que la del 36 en verdad no terminó?)–, pueden tocar en discotecas. Pueden pagar alquileres que rondan los cuatrocientos euros en ciudades pequeñas y llegan a los dos mil setecientos euros en una de novecientas personas de aforo en Madrid, donde apenas acaba el *show* la guardia del Frente Atlético, Vallecano, Merengue *or whatever*, te expulsa de los camerinos como si, desde el principio, te hubieses colado. Puedes adaptarte a ese olor a lejía y a corrupción de la noche anterior mientras te haces a la idea de que el equipo de sonido al que correspondía la partida principal del alquiler está reventado o es de una marca que no quiero ni mencionar por lo mal que suena. Puedes, en fin, aceptar que tus padres conservadores tienen razón y que siendo un músico no eres mucho más que una bailarina de barra fija, y así, acodado en la barra, acabas recobrándote, una parte de lo invertido aunque sea, pues la juventud ya ha visto a Vetusta Morla, Supersubmarina, *Russian Red* y *Love of Lesbian* y con eso han tenido al parecer bastante (y demasiado, que los jóvenes están en paro en más de un cincuenta por ciento).

Pueden los cantantes presentarse en *pubs*, sin banda, a solas, sobre un taburete. Hay que reducir gastos. ¿O no va a haber recortes en la farándula? La situación es cómica en el *pub*. La gente los tiene cerca. Se hablan. Es buena idea. Me gusta, pero sé que el siguiente paso es la puerta de la iglesia, la escalinata de la fuente, la puerta de El Corte Inglés. Lo están consiguiendo.

Ni en los estadios, ni en los teatros, ni en las discotecas, ni en los *pubs* se preocupa nadie un pimiento por el sonido. Hay salas de conciertos circulares, en las que las ondas dan vueltas como lavadoras de hospitales, hay teatros con un frontón que te devuelve tu obra de arte como el vómito de cerveza de los albañiles que lo levantaron o del jamón con que convidaron al arquitecto, hay discotecas en las que sólo sobrevive el chunda, chunda, porque para eso fueron pensadas. Nadie ha pensado jamás en la música. Los músicos siempre hemos sido unos bufones (algunos grupos de música salen disfrazados, es un hecho). Yo soy músico. También escribo, ya veis.

Hay ingenieros de acústica. ¿Lo sabíais?

Exceptuando *Torrente II*, nunca en mi vida he estado en una sala de cine en la que hubiera más de veinte personas. Sin embargo, todas las salas de cine son más o menos iguales. En una ciudad del montón, como Málaga, debe de haber unas cincuenta salas de cine. Perfectamente aisladas (no como el malacitano teatro Echegaray, en el que, tras una costosa rehabilitación, se oyen las campanas de la catedral cercana en mitad de las representaciones), todas las salas de cine disponen de un atronador equipo de sonido 5.1 y, aunque ya no usen celuloide, yo no he notado disminución en la calidad de lo que veo, como sí noto una bajada alarmante en la calidad del sonido en el paso del vinilo, o incluso del CD al mp3.

¿No se podría reservar en cada multicines una sala para conciertos, dado que los políticos nos han secuestrado los teatros para brindarnos la posibilidad de dar vueltas en las costosas rotondas con esos coches a los que nadie parece renunciar?

¡Qué buena acústica tienen las iglesias, qué inteligentes son en la Iglesia, cómo confían en los efectos especiales! Los jueves, milagro.

Me gustan también los festivales. Son campos de concentración aparentemente invertidos. Como los soldados con las vietnamitas y el LSD en Vietnam, los jóvenes se aparean en las zonas de esparcimiento y prueban nuevas formulaciones sin miedo a que los padres escruten los misterios de la edad adulta, que son los de la guerra, en las pupilas dilatadas. Los escenarios son grandes, los amplificadores están allí, no hay que acarrearlos (ese tonto atraso *vintage*). Los equipos de sonido no son siempre una maravilla, pero sabe uno que la gente va como los seguidores del Cádiz, a los que el resultado les da igual. No en balde el patrocinio de las marcas de cerveza posibilita la cerveza gratis, al menos para los organizadores y los músicos. Y comoquiera que la industria cervecera en nuestro país trabaja perfectamente...

No, no me quejo de todo, no querría parecer injusto: me gustaría poner un poco de orden en mi gremio, pero no conozco uno más acomodaticio que el de los artistas que quieren gustar.

Mecenas, autoridades, os pido perdón por no saber qué vericuetos llevan a vuestro castillo, en el que la representación teatral de la Justicia cada vez es más obra de Kafka, nuestro verdadero profeta.

Me pongo inmediatamente con el villancico.

Fecha de recepción: 17 de diciembre de 2012